



Franz Rosenzweig, Eugen Rosenstock. 2017. *Cartas sobre judaísmo y cristianismo*. Salamanca: Ediciones Sígueme. Edición y traducción de Roberto Navarrete Alonso, 189 pp. ISBN: 978-84-301-1973-8.

Franz Rosenzweig (1886-1929) es uno de los filósofos más importantes (aunque poco conocido) del pensamiento judío contemporáneo. En 1916 intercambió una serie de cartas con su amigo Eugen Rosenstock (1888-1973), que le embarcaron en un diálogo que estará en la base de su gran obra, publicada en 1921: *La Estrella de la Redención*. En este intercambio epistolar, Rosenzweig fue trazando la ruta de la Estrella, cuyos vértices son la Creación-Revelación-Redención (fruto de las relaciones entre Dios-Hombre-Mundo). También de estas cartas beberá la relación que en su obra establecerá entre el judaísmo y el cristianismo.

Ambos pensadores eran de origen judío y se plantearon la conversión al cristianismo, pero solo Rosenstock se bautizó. Estas cartas son el testimonio de quien dijo sí a la conversión y quien dijo sí a sus orígenes. El diálogo les permitió reconocer al otro y tomar conciencia de lo que supuso para ellos mismos su propia decisión. En la lectura de estas páginas asistimos a un encuentro basado en el respeto a la alteridad y en el amor al prójimo, más allá de los “-ismos” desde los que vivimos. Nada es hoy más actual ni más necesario: ser capaz de reconocer y amar al otro sin reducirlo a sus “-ismos”. Este volumen tan bellamente traducido es una escuela de diálogo para la vida cotidiana.

Las cartas fueron publicadas por primera vez en 1935, con un prólogo de Eugen Rosenstock, que aparece aquí traducido, junto con dos poemas que él mismo dedicó a Rosenzweig en 1917. También se incluye una carta que Rosenzweig escribió en 1913 a su primo Rufolf Ehrenberg, en la que le comunica que finalmente no puede convertirse. En el momento en que supo que para él no era necesario bautizarse (y, por tanto, le resultaba imposible), comprendió también que para seguir siendo judío necesitaba llegar a un “reconocimiento –teórico- del cristiano” (p. 17). Es decir, para permanecer como judío junto a los cristianos, quiso comprender por qué no podía ser cristiano. Fue entonces cuando decidió dialogar con quien sí se había bautizado.

Inicialmente vivió la conversión de su amigo como un ataque: una cristianización de su propio judaísmo. Pero el diálogo le permitió ver que en la divergencia entre ambas religiones hay también una conexión. Rosenzweig lo expresa refiriéndose a *vuestro* Señor (divergencia) y *nuestro* Dios (conexión). Comprende que a ambos, el judío y el cristiano, les une Dios, pero les separa el modo de nombrarlo y de vivirlo. Encuentra en ellos una comunidad humana, un nosotros que se alimenta de la misma raíz (Dios creador); pero a la vez hay una incomunidad que le lleva a hablar de un “vosotros”, desde el punto de vista de la religión. Rosenzweig no espera que Ehrenberg le reconozca como individuo perteneciente al pueblo de Israel, le pide que reconozca teológicamente al Pueblo de Israel.

En las *Cartas sobre judaísmo y cristianismo* encontramos finalmente un “Estudio conclusivo” de Roberto Navarrete, titulado “Rosenzweig «adversus» Marción: Sinagoga, Iglesia y Mundo”. Recorriendo estas páginas, el lector conoce el escenario histórico y político en el que se desarrolla la correspondencia. Se trata de una contextualización muy pertinente, sin la cual quedarían incompletas las consideraciones filosóficas y teológicas que contiene la obra. Rosenzweig y Rosenstock nacieron en un contexto en el que, desde el siglo XVIII, para formar parte del “nosotros europeo”, los judíos tuvieron que abandonar su propia singularidad. El universal humano se alcanzaba renunciando a lo particular, a lo más propio, a la alteridad. Se les reconocía como alemanes (franceses, italianos...), pero a cambio de dejar la religión en el ámbito privado. Este “estrangulamiento espiritual” puso en peligro la supervivencia del judaísmo europeo, pues como reconoce Rosenstock, “la religión privada conduce a la privación de la religión” (p. 54).

Rosenzweig quiso evitar esta situación proponiendo una alternativa al asimilacionismo (de su maestro Hermann Cohen) y al sionismo (de su amigo Martin Buber). Ambas posturas contribuían según él a la pérdida de la singularidad del pueblo judío: la asimilación lo diluía como nación y el sionismo lo convertía en una nación histórica. En los dos casos se pierde el carácter eterno del pueblo (de sacerdotes), que es lo que le diferencia del resto de pueblos (del mundo). Por eso propuso la des-asimilación, para mantener vivo un pueblo en el que, según él, religión (Sinagoga) y pueblo son inseparables: la religión no es algo que le viene al pueblo, sino que nace con él.

Tras su negativa a bautizarse, el diálogo con Rosenstock le ayuda a comprender que tanto el judaísmo como el cristianismo contribuyen a la Redención del mundo, algo que estará muy presente en la última parte de *La Estrella*. En la relación con los cristianos, Rosenzweig no pide tolerancia, sino el reconocimiento del papel del judaísmo en el camino a la Redención. Es decir, pide al cristiano que no vea el cristianismo como una superación del judaísmo (en sentido hegeliano), sino que reconozca su carácter eterno y su sentido en el presente, pues sin este reconocimiento no puede haber un encuentro entre ellos, ni un auténtico diálogo interreligioso. En una carta posterior a las que recoge este volumen, Rosenzweig dirá que Rosenstock no lograba aceptar que “un judío es un judío”, no era capaz de superar la hostilidad hacia el judaísmo a través del amor al hombre. Sin embargo Rosenzweig no veía en Rosenstock o Ehrenberg a Cristo (experiencia de fe), sino a cristianos (experiencia de amor)¹.

Pero el reconocimiento del valor del otro como otro no se da, en estas páginas, desde dentro de la propia religión, sino desde dentro de las claves del Nuevo Pensamiento, que introduce Rosenzweig junto con otros autores contemporáneos (judíos y cristianos). Se trata de un sistema de filosofía que quiere ir más allá de Hegel, para recuperar la importancia del individuo frente al todo. En este nuevo sistema, cada individuo se relaciona con otros sin pasar por el Todo (por los conceptos generales o las síntesis universales), que en el sistema hegeliano tiene la exclusiva de la verdad.

Esta relación entre uno y otro no se basa en la fe, sino en la categoría filosófica fundamental del pensamiento de Rosenzweig: la conjunción “y”, que une y separa

¹ F. Rosenzweig (1979), *Franz Rosenzweig. Gesammelte Schriften: Briefe und Tagebücher (1918-1929)*. Tomo 2. Holanda: Martinus Nijhoff Publishers. Carta a Rudolf Ehrenberg del 25 de agosto de 1919. pp. 641-642.

sin subsumir en una síntesis totalizante. La “y” les “vincula, como singularidades irreductibles”, como bien señala Roberto Navarrete (p.173). Esta forma de comprender la relación con otros, sin reducir la diferencia que hay en ellos, se ve reflejada en el primero de los poemas de Rosenstock: “en todo caso permanece siempre plural/ lo que cada uno encuentra de vuelta en el otro” (p. 151). Esta afirmación de la pluralidad estará también en la base de la Primera Parte de *La Estrella*.

En las cartas vemos cómo, cuando hablan como judío o como cristiano, se alejan el uno del otro, pero cuando hablan como amigos se sitúan desde la “y” que les une respetando sus singularidades. El amor al prójimo se eleva por encima de los “-ismos”, más allá de las religiones concretas. Desde esta base cree Rosenzweig que judaísmo y cristianismo son dos caminos complementarios que conducen a la Redención: el “ya” del cristiano (de la venida del Mesías) y el “todavía no” del judío, poseen una misma raíz: el Dios de la Creación; y una misma meta: la Redención. El judío le recuerda al cristiano que el mundo aún no está redimido; el cristiano le recuerda al judío que la redención solo tiene sentido si se da en este mundo y no a pesar del mundo.

De esta forma reconcilia Rosenzweig ambas religiones, poniendo una “y” entre la Sinagoga “y” la Iglesia, entre Moisés “y” Pablo, en el camino hacia la Redención del mundo. A esto mismo apuntan los últimos versos del segundo poema de Rosenstock: “Y sin embargo, en la lejanía un rostro/ se eleva, al cual permanecemos ligados en el espíritu,/ al igual que dos planetas con distinta luz/describen con unanimidad su órbita solar” (p. 154). ¿Seremos capaces de reconocer en esa órbita solar una constelación de planetas en la que estén todas las religiones, no solo el judaísmo y el cristianismo? Ese es el reto que se nos plantea hoy, partiendo de los cimientos de un diálogo que hizo posible un verdadero encuentro entre dos singularidades irreductibles.

Olga Belmonte García
Directora del Máster Universitario Oficial en Filosofía:
Condición humana y trascendencia.
Universidad Pontificia Comillas (Madrid)
obelmonte@comillas.edu